

Pensar en la intemperie. Tensiones epistemológicas, ontológicas y metodológicas que atraviesan la producción de la “subjetividad política” como proyecto teórico.

Emergencias subjetivas y ciudadanías de resistencia: cultura juveniles y nuevas maneras de ser mujer

Andrea Bonvillani

Resumen:

En este trabajo se exploran algunos ejes de tensión que atraviesan la producción de la categoría “subjetividad política” (interno-externo; particular-universal), explicitando los supuestos ontológicos, epistemológicos y políticos que esto supone. Luego, se aborda de qué modo algunos emergentes de investigaciones empíricas realizadas con jóvenes argentinos en procesos de politización, ponen en crisis estas asunciones teóricas, permitiendo pensar de nueva cuenta sus fertilidades teóricas. Se trata de pensar en la intemperie, desmarcándose de ciertas comodidades resultantes de sostener perspectivas teóricas como verdades autoevidentes, cuyo valor no se pondera en orden a sus posibilidades para dar cuenta de un campo de experiencia dado, sino a otros criterios como pueden ser el principio de autoridad derivado de un “nombre reconocido”.

Palabras claves: subjetividad, subjetivación, política.

1-Presentación

A partir de los recorridos por los que me ha llevado la búsqueda de una conceptualización de las relaciones posibles entre subjetividad(es) y política(s), puedo proponer una conjetura: en muchas ocasiones, el apego a determinada posición teórica, termina primando sobre las posibilidades de ejercitar una reflexión sobre la fertilidad de su pensamiento en orden a dar cuenta de los problemas que nos interrogan. De este modo, si se “abrazo la causa” de determinado autor, entonces, parecería que lo que puede decirse de la subjetividad política termina siendo una suerte de narrativa de ese autor y que la garantía del discurso de autoridad académica que esto supone, nos releva de poner en tensión sus potencialidades para responder a los problemas que se inscriben en el campo conceptual delineado. Paradojalmente, es como si se asumiera una lógica identitaria para abordar la subjetividad: entonces, se “es” foucaultiano, deleziano, bourdiano, laclauiano, etc. y desde allí se habla. Esta opción ofrece comodidades evidentes. No obstante, termina reproduciendo teoricismos que nos encarcelan el pensamiento, impidiendo por ejemplo, poner en interrogación si las condiciones de producción de aquellos corpus teóricos celebrados (generalmente europeos), son extrapolables a unas condiciones latinoamericanas de problematización.

En otro lugar (Bonvillani, 2012), y retomando la propuesta del propio Foucault, he asumido la idea de “caja de herramientas” para operar análisis respecto de esta categoría, pensando en seleccionar cuerpos teóricos al modo de instrumentos que, puestos en tensión con situaciones problemáticas emergentes de las experiencias investigativas, muestren su capacidad para nombrar realidades, para designar horizontes de comprensión. La lógica de inclusión de categorías que implican herramientas analíticas, debiera además estar sujeta a permanente reflexión de sus postulados meta-teóricos (Ibañez, 1992), es decir, aquellos supuestos constitutivos de un campo de estudio que remiten a concepciones de realidad, de conocimiento, de sujeto, de relación social. Esta reflexión resulta saludable para el campo “psi”, que hasta ahora no parece estar muy dispuesto a interrogar sus narrativas, particularmente aquellas que conceptualizan la subjetividad como interioridad (Fernández, 1999).

Para el caso de la fórmula “subjetividad política” la cuestión se agrava si se considera que se trata de una hibridación que intenta reconciliar dos conceptos problemáticos en sí.

El uso del vocablo subjetividad suele caracterizarse por una marcada imprecisión: a veces para designar de manera indistinta al “sujeto”, otras como sinónimo de lo psíquico. Las discusiones alrededor del estatuto de la subjetividad, remiten a un viejo problema en Ciencias sociales aún no saldado: la relación entre una instancia a la que podemos denominar “psiquismo” y otra designable como lo socio-cultural, aunque este modo de plantear la cuestión ya supone un posicionamiento polémico: la subjetividad, como proyecto de conceptualización, vendría a lidiar con esta separación fundante, cómo si con ella se procurara poner en articulación ambas dimensiones que, de partida, se consideran territorios diferenciados. Consecuentemente, en esta lógica de pares antitéticos, lo psíquico suele pensarse en equivalencia con lo interno-individual, y, correlativamente, lo socio-cultural con lo externo-colectivo.

En síntesis, me propongo explorar algunos ejes de tensión que atraviesan la producción de la categoría “subjetividad política” (interno-externo; particular-universal), explicitando los supuestos ontológicos, epistemológicos y políticos que esto supone, para luego abordar de qué modo algunos emergentes de investigaciones empíricas realizadas con jóvenes de Córdoba (Argentina) en distintos procesos de politización, ponen en crisis estas asunciones teóricas, permitiendo pensar de nueva cuenta sus fertilidades teóricas.

Se trata de desmarcarse de ciertas comodidades resultantes de sostener perspectivas teóricas como verdades autoevidentes, cuyo valor no se pondera en orden a sus posibilidades para dar cuenta de un campo de experiencia dado, o de las consecuencias políticas de asumir acríticamente un sistema de pensamiento como si fuera una suerte de “cosmovisión”, sino a otros criterios como pueden ser el principio de autoridad derivado de un “nombre reconocido”. Se trata, en consecuencia, de pensar en la intemperie.

2-Subjetividad/identidad

Clásicamente, cuando se habla de “identidad” se alude a la existencia de una cierta esencia que permitiría responder inequívocamente al ¿quién soy? Esta forma de entender la identidad como sustancia autocentrada, capaz de autoconocimiento pleno a través de la razón, es tributaria de la Modernidad, como proceso histórico consistente en reemplazar un sistema de creencias y representaciones regido y legitimado por un orden religioso, a otro centrado en las posibilidades humanas de acceso a la verdad, incluso a la verdad sobre sí.

En la tradición moderna aparece claramente una concepción del individuo como inmanencia autosuficiente e independiente: pensar la identidad de individuos es pensar en entidades únicas e irrepetibles, fundadas en una lógica binaria de oposición que define en un mismo movimiento lo que se es (idéntico a sí mismo) y lo que no se es (esencialmente diferente).

La identidad supone fijar un criterio de unicidad del sentido de lo subjetivo: una única manera de ser, cuyo logro máximo consistiría en mantener su esencia inmutable a lo largo del tiempo. Correlativamente instituye la “diferencia” entendida como desigualación: “la institución de este sujeto universal y el paradigma antropológico que se instituye (...) no pueden escapar al etno-logo-falocentrismo y conllevan la imposibilidad de pensar lo otro, salvo como diferencia desigualada” (Fernández, 2007:272). Entonces, el otro, construido como tal desde la posición de lo uno (axiomática homogeneizante mediante) funciona sosteniendo la superioridad de ese “uno” que se arroga el derecho de enunciar y juzgar que debe ser considerado lo “otro”: el varón, blanco, europeo, propietario y la serie de diferentes negativos e inferiores que son (somos) su contra-cara. Por el contrario, “la diferencia no implica lo negativo y no admite ser llevada hasta la contradicción más que en la medida en que continúe subordinada a lo idéntico” (Deleuze, 2002: 15).

La “identidad del hombre ilustrado” es parte del proyecto político moderno: la hegemonía de las facultades autónomas para ordenar razón y voluntad característica del racionalismo cartesiano, sirvió para sustentar la responsabilización del agente humano con voluntad propia, autónomo y soberano. Esta forma de comprensión de lo subjetivo en equivalencia con una individualidad aislada idéntica a sí misma, se orienta a cierta apuesta política, como es el énfasis que pone el liberalismo en el individualismo y la relación social basada en la competencia capitalista.

La identidad como una forma de expresión del esencialismo que fija de modo determinista al sujeto, ha sido objeto de duras críticas de todo pensamiento que intente teorizar la experiencia subjetiva como un proceso abierto y contingente. Ahora bien: en las diversas investigaciones¹ que me han permitido acercarme a colectivos juveniles de sectores populares cordobeses, se objetiva que su trabajo político tiene como núcleo la impugnación de las imágenes y creencias que circulan hegemónicamente sobre ellos, cargadas de valoraciones altamente negativas que se expresan en cadenas significantes del tipo joven-pobre-vago-ladrón-drogadicto. Es decir, las demandas que estos jóvenes procesan, remiten a su adscripción identitaria como eje de un conflicto social: ser un joven de sector popular en Córdoba, supone padecer un conjunto de injusticias por distribución de recursos materiales y serios déficit en el reconocimiento (Fraser, 1997)².

En estos casos, la “identidad social” parece fértil para designar determinados tipos de procesos subjetivos³, específicamente referidos a las imágenes sociales que se tienen respecto de la posición que se ocupa en el espacio social. El tipo de fenómenos al que aludo se refiere a la objetivación de la experiencia de ocupar determinado lugar social: autorepresentación que convoca imágenes y sentidos sobre el colectivo de pertenencia y los demás grupos que integran la escena social, que se articulan en tensión diacrítica.

Resulta sugerente en este punto, la idea de un “uso estratégico del esencialismo”, tal como lo propone Spivak, para subrayar “la necesidad de insistir en las diferencias culturalmente específicas por encima y en contra de los esfuerzos teóricos y políticos que las borran o las subordinan (...), es la invocación performativa de una identidad para propósitos de resistencia política a la amenaza hegemónica de borrado o marginalización” (Butler *et. al.*, en Mattio, 2009: 3).

3-Sujeto/ Subjetividad/Subjetivación

Al hablar de “sujeto” se tiende a poner énfasis en lo “sujetado”, por la estructura social, por la estructura inconciente, según el relato por el que se opte. La idea de estar “sujeto” remite a una condición intrínseca de vasallaje o subalternidad, ya sea por la vertiente de la sujeción (estar bajo el dominio de) o por la vertiente de la posición (estar debajo de).

Al menos etimológicamente, la subjetividad sería la cualidad de ser sujeto. Por eso algunos autores (Tassin, 2012) consideran oportuno hablar de “subjetivación” en vez de subjetividad –reconociendo la

¹Especialmente “Prácticas de participación socio-políticas de jóvenes cordobeses pobres: un acercamiento a las formas actuales de subjetividad juvenil en la pobreza urbana”. Subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba. Periodo 2008- 2009. Lugar de Trabajo: Facultad de Psicología (U.N.C.). Dirección: Andrea Bonvillani.

²Así se plantea en el documento público leído en el cierre de la Sexta Marcha de la gorra (Córdoba, noviembre de 2012) a la que hago referencia extensa más adelante: “nos encontramos aquí una vez más denunciando públicamente el mal accionar del Estado provincial, de la mano de las actuales políticas públicas de seguridad y leyes como el Código de Faltas, con la complicidad del poder judicial y el abuso que se ejerce por parte de la institución policial en las calles de la Provincia de Córdoba, a los jóvenes que pertenecemos a una cultura, que esta siendo castigada por sus diversos códigos y formas de identidad planteando así la desconfianza y las malas intenciones a través de estereotipos”.

³La subjetividad se considera una categoría más amplia que la identidad y que la contiene. Esta comprensión se la debo a Fernando González Rey.

autoría del concepto a Foucault-, para designar “un proceso que no sabría fijarse, estabilizarse bajo la forma de “sujeto”” (pág. 37).

En efecto, la distinción entre modos de subjetivación y producción de subjetividad propuesta por Foucault, se ofrece como una vía a través de la cual desesencializar esta noción de sujeto, atada a la sujeción.

Si bien, “durante mucho tiempo, Foucault solo concibe al sujeto como el producto pasivo de las técnicas de dominación” (Gros, 2002: 496), al final de su trayectoria el sujeto aparece como un “pliegue de los procesos de subjetivación sobre los procedimientos de sujeción” (pág. 497). En los años cercanos a su muerte, Foucault delinea nuevos contornos para una “hermenéutica del sujeto”, a través de la idea de la subjetivación: “procedimientos por los que un sujeto se apropia de sí, se transforma él mismo en sujeto de sus propias prácticas” (Tassin, *op. cit.*: 41).

En un trabajo tardío, Foucault plantea que el eje de su estudio ha sido –más que analizar las formas del poder- “producir una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura” (pág. 3)⁴, agregando que, en consecuencia, se ha ocupado de los tres modos de objetivación⁵ a través de los cuales se ha producido subjetividad: a) la objetivación que ha hecho la ciencia del sujeto, según las miradas disciplinares; b) la objetivación que se produce por medio de divisiones normativas, es decir, cargadas de valoraciones que ubican a unos y otros en la sociedad (loco-cuerdo; enfermo-sano) y c) la objetivación del sujeto como sujeto, “el modo como un ser humano se convierte a sí mismo o a sí misma en sujeto” (Foucault, 1988: 3). En definitiva, pensar modos de subjetivación supone para el autor historizar las estrategias biopolíticas que se despliegan al calor de los dispositivos de saber-poder que se instituyen en cada sociedad, así como las prácticas de sí que habilita, tarea emprendida en los momentos postreros de su obra.

Subjetivación es, de este modo, constitución de una subjetividad a partir de un trabajo de sí sobre sí, de asumir posiciones éticas: “como elección irreductible de existencia. En consecuencia, es posible un sujeto verdadero, ya no en el sentido de una sujeción sino de una subjetivación” (Gros, *op. cit.*: 483).

Ahora bien, resulta significativo pensar en la posición que se asume respecto a este sujeto que adviene con la subjetivación: para Foucault (1999) es necesario abandonar cualquier “teoría a priori del sujeto”, en la subjetivación no hay sujeto prefigurado en el origen del proceso ni en su resultado, es decir, el “devenir sujeto” es sin anticipación posible, deviene un sujeto como una incógnita: “la subjetivación no sabría ser una autodeterminación del sujeto por sí mismo, puesto que esa autodeterminación necesitaría que el sujeto se sitúe en el origen (antes) del proceso” (Tassin, 2012: 37)

Resulta evidente que en este planteo, la subjetivación como apropiación de sí mismo a partir de una asunción ética, inaugura una modalidad de habitar la propia experiencia del yo. Ahora, cuál es el alcance de este movimiento de inauguración subjetiva? Todo es novedad? No hay nada de la experiencia pasada que se actualice en la subjetivación?

En las distintas investigaciones que he desarrollado sobre politicidad popular con jóvenes cordobeses, he podido objetivar que no es posible realizar una separación tajante entre su historia personal – fuertemente atravesada por condiciones de precariedad material- y las prácticas políticas por medio de las cuales podrían abrirse modos de subjetivación. En un estudio con militantes de un movimiento social⁶, por ejemplo, se observa que la tendencia al involucramiento subjetivo en la construcción de una política diferente, aparece modulada por el registro de la necesidad. Ellos hablan de una política

⁴Se referencia la versión publicada en 1988 por la Revista Mexicana de Sociología del texto original “El sujeto y el poder” que se publicara como postfacio del libro Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica de Dreyfus y Rabinow.

⁵Para Foucault, objetivación y subjetivación son dos caras de una misma moneda: “esta objetivación y esta subjetivación no son independientes la una de la otra; es de su desarrollo mutuo y de su lazo recíproco que surge eso que podríamos llamar “juegos de verdad”” (Foucault en Tassin, 2012: 40).

⁶Tesis doctoral “Subjetividad política juvenil. Estudio comparativo en jóvenes cordobeses de procedencias sociales contrastantes”. Doctorado en Psicología, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba. 2003-2009.

“necesaria para pobres”, inscribiendo sus demandas en su procedencia social y apostando en su constitución como sujetos políticos, su propia emancipación subjetiva a través de la lucha y la “autoafirmación”.

De lo que se trata, en todo caso, es de describir los modos como dialogan la historia pasada del sujeto con la actualidad de los modos como se subjetiviza en la experiencia de la politización, sin suponer que “quien adviene” es tributario de una herencia ni familiar, ni social, ni cultural (Tassin, *op. cit.* 38), pero tampoco una abstracción flotante y meramente contingente.

Evidentemente lo que permanece en el trasfondo de esta cuestión es un tipo de posicionamiento teórico en el que, a partir de la asunción de algún a priori, se delimita de manera determinante un campo de posibilidades para el sujeto emergente de la subjetivación y, con él, una direccionalidad prefigurada de la acción política subjetivante. Retomaré la cuestión en el último punto de este trabajo.

4-Subjetividad/mente/cuerpo

La idea cartesiana de un yo como mente transparente capaz de conocer el mundo mediante la razón, viene a relegar a las pasiones a la oscuridad del mundo del cuerpo, para someterlas al imperio del pensar, como si el sentir no fuera también un acto constitutivo de lo que somos.

Como he señalado en otro trabajo (Bonvillani, 2010), las tendencias pasionales individuales han sido objeto de preocupación desde los inicios de la filosofía política moderna en tanto amenazarían el orden social por su carácter de ingobernables por medios racionales. Por el contrario, en Spinoza encontramos una comprensión de las pasiones no como un “demonio interno” que habría que sofocar o domesticar, sino como una fuerza que nos pone en contacto con nosotros mismos y los demás, cuyo conocimiento nos permite el desarrollo de la potencia de ser. Ocurre que las pasiones tienen un lado oscuro que es la tristeza que nos vuelve impotentes, nos impide conectarnos con nuestra propia vitalidad. Como sea, la dimensión afectiva debería estar presente al momento de producir una comprensión de la subjetividad política, si sostenemos que los afectos constituyen un aumento o disminución de la posibilidad de actuar de los cuerpos, y, en consecuencia, entendemos que su instrumentalización es eminentemente política.

Desde este clivaje, podría pensarse la progresiva delimitación de un campo de estudios que problematiza la intersección entre política(s), subjetividad(es) y emocionalidad(es), como sostienen algunos autores (Maffesoli, 2005).

En mis aproximaciones a diversas expresiones de politización juvenil, la movilización de sensibilidades y afectaciones corporales aparece como central en la construcción de un “nosotros”: sentimientos de amistad, de solidaridad, del disfrute de lo compartido, le dan materialidad a la experiencia del encuentro, delineando una “politización de lo afectivo” (Bonvillani, *op. cit.*). En la actualidad me encuentro en la etapa de análisis de una etnografía colectiva⁷ en la sexta “Marcha de la gorra” (noviembre de 2012, Córdoba- Argentina). Se trata de una expresión multitudinaria de jóvenes de sectores populares, que una vez al año se hacen presentes en el espacio público del centro de la ciudad, para poner en visibilidad su demanda: la derogación del Código de faltas local, en tanto instrumento jurídico a través del cual se los puede detener en la vía pública sin mediar más que la sospecha policial de “merodeo”. La discriminación de la que son objeto estos jóvenes, se aloja en atributos que se muestran corporalmente: formas de desplazamiento, de vestir, de presentarse frente al otro. La marcha se caracteriza por sus expresiones constantes de alegría: escenas que transmiten una fuerza que empuja a expresarse con saltos y risas, acompañando las intervenciones de los diferentes grupos (teatro

⁷Investigación “Grupalidades juveniles y politicidad. Explorando los sentidos políticos de las prácticas culturales colectivas de los jóvenes de sectores populares cordobeses”. Cuenta con Subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba. Periodo 2012-2013. Lugar de Trabajo: Facultad de Psicología (U.N.C.). Dirección: Andrea Bonvillani

espontáneo, murgas, batucada, graffiteros). Podría decirse que hay un despliegue inmanente de la alegría, aquel que vale por sí mismo en tanto viene a suspender por una tarde una vida cotidiana atravesada por la precariedad y la penuria. Pero con él convive una fuerza política de la alegría que se proyecta al modo de una expresión obscena e irónica: una de-mostración de habitar la calle donde los cuerpos se mueven sin prevención en la murga, las voces de reclamo se levantan y se vuelven grito desafiante.

Hay una elaboración política de la alegría que la constituye en un derecho, que se encuentra violado por la persecución a la que son sometidos los jóvenes de sectores populares cuando se desplazan por el centro de la ciudad. Entonces, la alegría se reivindica como un derecho: "Por la alegría vamos a marchar una vez más. Sexta marcha de la gorra. ¿Por qué los tambores? Porque el código de faltas nos quita la alegría de estar en la calle (...), defendamos nuestro derecho a la alegría" (discurso público, mientras se marcha).

Lo que me interesa poner de relieve, es que la expresión de algarabía se constituye per se en un instrumento político, en la medida en que permite el despliegue de las pasiones alegres que generan una revitalización de las estrategias de acción colectiva juvenil, tal como lo recogen diversos autores cuando describen una "carnavalización de la protesta" (Reguillo, 2000). Pero no sólo eso: hay producción de un pensamiento sobre el sentido político de la emocionalidad. En el ejemplo que planteo, la "alegría" no sólo se manifiesta, también se tematiza como parte de una elaboración reflexiva sobre lo que significa pertenecer a un grupo social vulnerado en sus derechos, es decir, no aparece escindida de la capacidad de construcción de marcos interpretativos que dan sentido a la experiencia de los jóvenes.

Podría decirse que estas formas emergentes de expresión de politicidad tienen como locus preferente al cuerpo, tradición cuya referencia teórica se remonta a Spinoza y es retomada por Deleuze (2004), en términos de lo que puede un cuerpo en la manifestación de una potencia. Ahora bien, esta recuperación de la afectación corporal como estrategia política, no debería ser argumento para sostener una desconexión entre ella y las operaciones de pensamiento o, más aún, una invisibilización o subordinación de una dimensión sobre otra, a riesgo de reproducir de manera invertida el reduccionismo cartesiano. Ambas son necesarias en la elaboración colectiva de demandas políticas.

5-Subjetividad/subjetivación/política

¿Qué estamos queriendo sostener cuando acompañamos a la "subjetividad" con el calificativo "política"? ¿Cómo se define la política?

Retomando una perspectiva por la cual la política no se reduce al conjunto de estructuras estatales o gubernamentales, características del sistema representativo liberal, sino que se expresa como cualidad que atraviesa todas las relaciones sociales, en tanto éstas son formas de tramitar los conflictos inscriptos en la vida en común. De este modo, la cuestión del poder aparece en el trasfondo de los sentidos y prácticas políticas, en múltiples y heterogéneas relaciones interconectadas en clivajes locales, inmediatos en las interacciones cotidianas, pero que requieren ser pensados en su tensión constitutiva con condiciones sociales, económicas y políticas.

En el universo conceptual de Rancière (2007), la política no es una existencia, sino que es una ocurrencia posible, que depende de la irrupción de un litigio instituido para probar la igualdad de cualquiera con cualquiera. Lo designado tradicionalmente como "política" es para él la "policía", es decir, una lógica de ordenamiento social que determina lugares y funciones y, sobre todo, los sistemas de legitimación correspondientes para ocuparlos. El orden policial lesiona el principio de igualdad al cual debería aspirar todo sistema social, en tanto ha producido divisiones, haciendo invisibles y quitándoles la palabra autorizada a algunos para legitimar la posesión de otros que sí son "tenidos en cuenta". La búsqueda de la igualdad, entonces, es fundamental en la democracia, pero no como el ideal

liberal burgués formalizado en la supuesta representación de la mayoría, sino como un proceso de emancipación a través del cual aquellos que han sido despojados de su calidad de “sujetos iguales”, recusan el lugar en el que han sido ubicados, dándose existencia en lo simbólico. Rancière (*op. cit.*) denomina “política” a este proceso de encuentro entre las dos lógicas: la de la policía y la de las prácticas emancipatorias de sujetos a través de las cuales actualizan y comprueban la igualdad no como una premisa abstracta, sino como un discernimiento aplicado a cada práctica que la pone en acto.

Entonces, el nacimiento de la política depende de la irrupción de un desacuerdo, pero no en el sentido del conflicto de intereses entre actores, sino en el sentido radical de oposición a la lógica que de manera hegemónica ha permitido la definición de la existencia de esos actores con sus respectivos intereses: el litigio alcanza a la “partición de lo sensible” (Rancière, *op. cit.* 53). El alcance del desacuerdo que funda a la política podría representarse a través de la metáfora de uso común: “patear el tablero”, para barajar y dar de nuevo. Nacer un sujeto otro: “transformar una identidad definida en el orden natural del reparto de las funciones y los lugares en instancias de experiencia de un litigio” (Rancière, *op. cit.* 52). De ahí, que para este pensamiento la relación entre subjetivación y política es fundante.

¿Qué caracteriza la emergencia de la política como irrupción de un litigio y acto fundacional de subjetivación? ¿Qué tan extraordinarias deberán ser las condiciones socio-históricas para esta ocurrencia? ¿La subjetivación política conduce necesariamente a la emancipación?

El lugar absolutamente excepcional en el que ubica Rancière el nacimiento de la política y la mirada un tanto normativizante respecto de la dirección de esta acción subjetivamente, han sido cuestionadas por varias voces (Lazzarato en Tassin, 2012; Žižek, 2001). Aferrarse a este modo de concebir el “momento político”, se acerca bastante a la presunción de que sólo en el destello revolucionario habría política. De ese modo, gran parte de las experiencias cotidianas, de los sutiles movimientos subjetivos que encarnan los jóvenes en las experiencias que he estudiado, quedarían invisibilizados para Rancière como gestos de subjetivación política.

6-Palabras para seguir pensando

Bajo el imperio de las fidelidades teóricas, es posible tener la sensación que la férrea delimitación que esta fidelidad implica, separa con una línea invisible pero no por eso menos eficaz, lo decible y lo censurable, y así comienzan a aparecer especies de “malas palabras”. Por ejemplo, si sostenemos la identidad como la representación de la esencia, entonces, cualquier atisbo de adscripción a una historia o trayectoria vital para clivar una lucha política, se vuelve un impensable. Si todo es y debe ser inmanente, cualquier alusión a un proyecto político que busque cierta trascendencia será tachado de teleológico y de relato universal. Si lo legítimamente politizante es aquello alojado en el cuerpo y los afectos, cualquier referencia a la capacidad de reflexividad del agente, será excluida en tanto residuo de racionalidad intelectualista.

He sostenido que intentar aproximarse a la construcción de una caja de herramientas en la comprensión de la “subjetividad política”, implica lidiar con las oposiciones binarias clásicas que aparecen latiendo en las ciencias sociales, y, en consecuencia, revisar nuestros supuestos ontológicos, epistemológicos y políticos de base, como punto de partida para encarar un proyecto teórico de este tipo.

No obstante, la cuestión no se resuelve en la mera enunciación de una posición teórica como si fuera una taxonomía exhaustiva, en tanto la teoría está permanentemente tensionada con la praxis. Entonces, se trata de una actitud atenta y dispuesta a la reflexividad: dejar alojar lo impensable que aparece en la creación de los haceres cotidianos en la producción de la categoría “subjetividad política”.

Si sostenemos radicalmente la proposición foucaultiana de asumir las teorías como cajas de herramientas, entonces, resulta impensable aferrarse a ellas como si fueran catecismos. De lo que se trata, es de tensionar su fertilidad para pensar en órdenes problemáticos de experiencia cotidiana.

Esto implica que aquello que designamos como lo individual y lo social aparecen en la procesualidad de su despliegue permanentemente requeridos el uno por el otro, son “inherentemente” necesarios como sostiene la feliz expresión de Castoriadis.

Hablo de producción de subjetividad ya que nunca preexiste algo que pueda pensarse como dado, de una vez y para siempre. El carácter procesual de la subjetividad refiere a que nuestro trabajo humano es hacernos con los otros, asumiendo compromisos con los territorios existenciales que habitamos. Si la subjetividad es devenir, la subjetividad política no es un producto estático que podríamos “encontrar” en los sujetos bajo la forma de percepciones, cogniciones o emociones, sino un proceso que configura una determinada modalidad de habitar el mundo y que, en consecuencia, pone en evidencia un sujeto producido a través de diversas prácticas de saber y poder, “modos de subjetivación” (Foucault, *op. cit.*) que remiten al trabajo incesante de producción de sí frente a los mecanismos de sujeción social.

Esto implica que toda subjetividad es entendida en sí misma como una operatoria política y, desde esa asunción, se estaría sugiriendo cierto cuestionamiento a la pertinencia de sostener la “subjetividad política” como una categoría con autonomía conceptual.

Aún así, propongo retenerla como una estrategia discursiva por medio de la cual sea posible disputar poder simbólico al interior de la lucha por imponer sentidos. Esta lucha - eminentemente política- permitiría dar fundamento a una postura contraria a la tendencia a la apoliticidad, desde la cual diversas perspectivas teóricas actuales piensan a los sujetos, retomando la ya clásica figura de la “muerte de las ideologías” como si fuera un destino final.

El proyecto de producir teóricamente “subjetividad política” debería, desde la perspectiva que asumo, ubicarse en un horizonte de reflexión de los procesos de transformación y emancipación social. En este marco, la potencia del pensamiento ranciano se encuentra en su propuesta de inscribir la subjetivación política en la lucha por la igualdad, porque la reubica en “una especie de cortocircuito entre el universal y el particular” (Žižek, 2001: 202). Esa “política de los sin-parte” como una forma de creación de sí a partir de resistirse a ocupar un lugar de inexistencia, resulta auspiciosa para pensar luchas políticas en regiones como las latinoamericanas, donde campean las injusticias de todo tipo.

Estas posibilidades subjetivas deben ser pensadas en tensión productiva con las condiciones materiales de existencia de los sujetos, no como meras aspiraciones voluntaristas, sino como tramitaciones posibles en marcos concretos de vida en común. Restos no sujetados, imaginación radical, líneas de fuga, invención de lo cotidiano, son proyectos teóricos que tienen como marca común la huella de la potencia de emancipación y que constituyen desde mi perspectiva, dimensiones ineludibles de la subjetividad política, pero que debemos poner en diálogo tensionado con los modos de sujeción a un orden social, con las maneras menos glamorosas, mas deslucidas de vivirse sujeto político. Ahora bien, esto no debería conducirnos a ubicar unas y otras formas en universos de experiencias dicotomizadas a priori, quiero decir: no se trata de comprobar lo que de antemano estábamos condenados a encontrar porque de algún modo los dispositivos analíticos que echamos a rodar prefiguran un campo posible de comprensión de la subjetividad política. Si estudiamos movimientos sociales creyendo que ahí se aloja el purismo de la emancipación subjetiva, es posible que terminemos por concluir eso. Mientras que si, depositamos el demonio encarnado en las formas plenamente institucionalizadas de participación política, es posible que nunca nos acerquemos a las experiencias contingentes de subjetivación política que ellas podrían alojar, generando invisibilidades en torno a sus potencias.

7-Bibliografía

Bonvillani, A. “Jóvenes cordobeses: una cartografía de su emocionalidad política”. *Nómadas* N° 32, Universidad Central. Colombia. 2010. Pp. 27-45.

----- “Hacia la construcción de la categoría “subjetividad política”: una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes”. *Primer número de la Biblioteca*

- Latinoamericana de Subjetividades Políticas: “Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos”*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Colombia, 2012.
- Deleuze, G. *Diferencia y repetición*. Amorrortu, Buenos Aires, 2002.
- *Espinoza: filosofía práctica*. Tusquets, Buenos Aires, 2004.
- Fernández, A. *Instituciones Estalladas*. Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- *Las lógicas colectivas. Imaginarios cuerpos y multiplicidades*. Biblos, Buenos Aires, 2007.
- Foucault, M. “El sujeto y el poder”. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, Nº 3. Pp. 3-20. 1988.
- “Estética, ética y hermenéutica”. En *Obras esenciales Volumen III*. Paidós, Barcelona, 1999.
- Fraser, N. *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Siglo del Hombre editores, Bogotá, 1997.
- Gros, F. “Situación del curso”. En *Michel Foucault. La hermenéutica del sujeto*. Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 2002.
- Ibañez, T. “La ‘tensión esencial’ de la Psicología social”. *Teoría y método en Psicología social*. Anthropos, Barcelona, 1992.
- Maffesoli, M. *La transfiguración de lo político. La tribalización del mundo postmoderno*. Herder, México, 2005.
- Mattio, E. “¿Esencialismo estratégico? Un examen crítico de sus limitaciones políticas”. *Construyendo Nuestra Interculturalidad*, Año 5, Nº5, 2009.
- Reguillo, R. *Estrategias del desencanto. Emergencias de culturas juveniles*. Norma, Buenos Aires, 2000.
- Tassin, E. “De la subjetivación política. Althusser/Rancière/Foucault/Arendt/Deleuze”. *Revista de Estudios sociales*. Universidad de los Andes. Colombia. Nº 43. Pp. 36-49. 2012.
- Žižek, S. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Paidós, Buenos Aires, 2001.